VI Domingo de Pascua, Ciclo A.

DA GUSTO TENER SED

Padre Pedrojosé Ynaraja

Hace tiempo se anunciaba con esta frase un refresco. Me ha venido a la cabeza ahora que os escribo a vosotros, mis queridos jóvenes lectores, y a la vez voy preparando yo la próxima fiesta de Pentecostés. Los contenidos de la liturgia desde hace unos días, van en esta dirección. El tiempo pascual acelera ideas nuevas que nos deben ilusionar y ponernos a la vista la próxima fiesta.

En la primera lectura se nos habla de Samaría. En aquel tiempo, esta región intercalada, entre Galilea y Judea, estaba habitada por los samaritanos. Eran estos una secta judía, amalgama entre tradiciones bíblicas y de otros orígenes. Ocurrió que, cuando fueron deportados los judíos a tierras de Babilonia, en la región de la que os hablo, con el pequeño resto, que por su poca categoría social, ni merecían el destierro, ni era necesaria la vigilancia, se introdujeron también, como medida para corromper su fe, gentes de otros lugares y culturas. Permaneció exclusivamente la Torá o Pentateuco, por parte hebrea, añadiéndosele lo que llegaba de fuera. En tiempos de Jesús, pues, se identificaba territorio con religión. En la actualidad la región pertenece a la Autoridad Palestina y vive la entidad religioso cultural que llamamos samaritana, en la cumbre del monte Garizín, encima de Nablús, población que corresponde bastante con la antigua capital. Al lugar donde ahora uno encuentra lo que queda del antiguo reino del norte, se le llama Sebastiye, situado a 11km. Hoy en día la totalidad de la comunidad religiosa, se compone de unos 670 fieles, que forman un barrio edificado exclusivamente para ellos no hace mucho. Anteriormente cada familia ocupaba lugares diferentes de la ciudad. Sólo unos pocos fieles viven ahora cerca de Tel Avid y alguno más,según creo, en EEUU.

Felipe va allí a evangelizar y la gente lo acoge. Pese a que los apóstoles eran judíos, rivales socialmente hablando, de los samaritanos, son conscientes de que Jesús no marcó fronteras. Marchan, pues, a completar ellos la predicación de la doctrina de Cristo, que les ha ofrecido el diácono Felipe, infundiéndoles el Espíritu Santo.

En la segunda lectura, la carta de San Pedro advierte a sus lectores, que han de estar dispuestos a explicar a los demás, las razones de su Fe. Estoy de acuerdo que el fanatismo no es ni correcto, ni bueno, ni legítimo, pero eso no implica que escondamos los motivos que nos mueven a obrar de una determinada manera. A ser lo que somos. Los que se relacionen con nosotros deben advertir que nuestro comportamiento no es el mismo que el del común de los hijos de vecino y se preguntarán el porqué. La Fe no es cosa que debamos guardarla bien cerrada, en la caja de caudales de nuestra conciencia. Debemos estar dispuestos no solo a hablar de ella, sino también a ofrecerla generosamente a los demás. Es lo que corresponde a personas que viven esperanzadas, como nosotros debemos ser. Esperanza que hoy tanto escasea, dicho sea de paso y lamentándolo.

El Señor sabía muy bien que había sido el maestro de los apóstoles y les recuerda que lo que les ha enseñado. No son noticias o verdades únicamente para guardar en el frigorífico mental de cada uno. Ha querido que supieran que exigían vivir de una manera diferente, y esto supone saber cumplir y ponerlo en práctica. Si aprender puede costar poco, realizar lo aceptado es a veces difícil. Si lo es, no se lo oculta, les anima, porque para conseguirlo, no estarán solos. Él les enviará su Espíritu, su fuerza y con ella sí que podrán. No deben, pues, temer. Vuelvo al principio: si tenemos sed de Fe, cuando nos llegara esta ayuda que se nos anuncia, sentiremos una gran satisfacción. Que con la Fe se nos da también la alegría, el júbilo.